

Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk

Misterio de la Virgen María, Madre de Dios

(Observaciones bíblicas)



Buenos Aires 2016
ISBN 978-987-45821-2-6

Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk

Misterio de la Virgen María, Madre de Dios

(Observaciones bíblicas)

Edición digital “Credo”
Buenos Aires, 2016

Ter-Grigorian de Demianiuk, Natalia

Misterio de la Virgen María, Madre de Dios : observaciones bíblicas / Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Credo, 2016.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-45821-2-6

1. Misticismo Cristiano. I. Título.

CDD 230

Misterio de la Virgen María, Madre de Dios (Observaciones bíblicas)

*Dame tú el tesoro sin corrupción e inviolable,
la joya de la virginidad, la muralla de los hombres.*¹

El “Misterio de la Virgen María, Madre de Dios” está directamente vinculado con el misterio de la Santísima Trinidad, de la que hablo en todas mis observaciones bíblicas,² y la que se trata del propósito de la creación que es el Hombre en su condición perfecta, es decir, como la imagen y semejanza de Dios, la Inteligencia cósmica. Y en este sentido la nueva observación que propongo es la continuación de mi obra anterior, publicada bajo el título “La llave bíblica del problema de Dios Hombre y de la Tierra de Dios, o una vez más sobre la profecía de Noé” (Bs.As. 2015) en la que el problema de Dios Hombre se presenta en el fondo de los dos opuestos mundos sucesivos: del mundo de la maldición y del mundo de la bendición. Mas ahora los mismos mundos ya se considerarán en el contexto de los principales protagonistas femeninos de la Biblia. Pero, antes de pasar directamente al tema de esta observación, veremos, cuál es, según la Sagrada Escritura, la relación entre el varón y la mujer en el aspecto de la creación.

El hombre, creado según la imagen y semejanza de Dios, en la Biblia se llama Adán – alma viva, o forma viva que representa o manifiesta a la Inteligencia cósmica. Ya sólo ese hecho muestra el enorme significado que tiene el hombre ante los ojos de Dios, lo que notaban muchos patriarcas y profetas bíblicos. Job, por ejemplo, le hacía a Dios esta pregunta retórica:

“¿Qué es el hombre para que tanto de él te ocupes, para que pongas en él tu corazón, para que le escrutes todas las mañanas y a cada instante le escudriñes?” (Job 7: 17-18)³

Para que el hombre, o Adán, entienda y sienta todo su significado para Dios, el Señor, en la analogía consigo Mismo, crea en él y de él su semejanza, es decir la imagen de Adán mismo en forma de Eva, su mujer y gloria, pues, como dice el apóstol Pablo,

“(…) el varón (…) es imagen y gloria de Dios: mas la mujer es gloria del varón.” (RV 1909. 1 Cor 11: 7)

Recordemos que Eva estaba dentro de Adán, como Adán está dentro de Dios y que Dios se manifestó en Adán, igual que Adán se manifestó en Eva.

Pero para entender, qué representaba Eva dentro de Adán, veremos, cómo Dios describe la creación del hombre. En el segundo capítulo del Génesis leemos:

“Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.” (Gen 2: 7)

De aquí vemos que el hombre recién creado comprendía dos partes: *el alma* que es la forma del pensamiento, hecha del polvo, y *el aliento* que daba vida a esta forma. Sin embargo, hay que admitir que muchos teólogos confunden el aliento con el espíritu,

1. Apocalipsis de Esdras. - Los apocalípsis. 45 textos apocalípticos... A.Piñero. EDAF Madrid-Buenos Aires – 2007, crp. 145

2.Lo más brevemente en el capítulo “¿Por qué el Islam cree que los cristianos son politeístas? O una vez más sobre la Santísima Trinidad” perteneciente a mi libro “*las aficciones de la Iglesia terrenal o pese a la enseñanza de Jesucristo*” (Bs.As. 2015)

3. Mayormente las citas se presentan, según la Biblia de Jerusalén. Por eso en las premisas la versión bíblica generalmente no se indica, como vemos aquí. Pero en algunos casos usé otras traducciones por ser ellas más acertadas a la idea y lógica de la Biblia entera. En estos casos en las premisas junto con los datos de la cita se indica también la versión de la Biblia usada.. Por ejemplo así: (RVG Jer 31: 22), es decir, Reina Valera Gomez; o (RV 1909. 1 Cor 11: 7), es decir, Reina Valera de 1909, etc.

porque la frase “*insufló en sus narices aliento de vida*” interpretan como insufló en sus narices espíritu. Así siembran error que los lleva a un callejón sin salida, pues consideran que el hombre consiste de la carne hecho del polvo del suelo y del espíritu. Mientras tanto aquí se habla sólo del alma viva como un recipiente que respira y que aun no está llenado del espíritu. Lo que el aliento y el espíritu no son nociones idénticas, se ve siquiera de las siguientes palabras del Señor citadas por el profeta Isaías:

“*Así dice el Dios Yahveh, el que crea los cielos y los extiende, el que hace firme la tierra y lo que en ella brota, el que da **aliento** al pueblo que hay en ella, y **espíritu** a los que por ella andan.*” (Is 42: 5)

Como vemos, el aliento y el espíritu aquí se presentan como dos distintas substancias espirituales. Efectivamente, las funciones del aliento y del espíritu son completamente distintas. El aliento es el ente intrínseco del alma, es decir del cuerpo espiritual predestinado para la Vida eterna - una especie de materia tan fina que queda invisible a nuestros ojos. En cuanto al espíritu, es el relleno del alma. De ahí podemos concluir que el primer hombre, en la persona de Adán y Eva, representaba un cuerpo con aliento que se llamaba alma viva, o forma viva del pensamiento Divino. Y cuando Dios formó a Eva del costado de Adán, Él, en realidad, formó la imagen del aliento de vida de Adán, y por eso Adán la llamó Eva, es decir, vida, que se revela también por los sentimientos del alma, es decir, por lo que la aviva, o la manifiesta.

En cuanto a la necesidad de la aparición de Eva ante Adán, Dios lo explica de la siguiente manera:

“*No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una **ayuda adecuada**.*” (Gen 2: 18)

Ya que Adán fue creado como la imagen de Dios, esas palabras se puede referir también al Señor (que asimismo necesita al hombre) y decir: No es bueno que Dios esté sin hombre, por eso “*Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra*” (Gen 1: 26), es decir, hagamos a Adán.

Así entendemos que Adán para Dios es lo mismo que Eva para Adán y tanto más que lo confirma el profeta Isaías, quién define el vínculo de Dios con el hombre como una relación matrimonial.

“(…) *Tu esposo*”, dice, “*es tu Hacedor, Yahveh Sebaot es su nombre (…)*” (Is 54: 5)

Lo dicho significa que Dios considera al hombre no sólo como hijo, - ya que él es una creatura suya, - sino también como esposa, - pues lo ha creado para su propia manifestación. Por eso podemos decir que como Dios se relaciona con Adán, del mismo modo Adán se relaciona con Eva, es decir, Eva es la imagen de Adán a los ojos de Dios. Y lo que se refiere a la imagen, significa unidad de la copia con el original. Como se ha dicho en el Génesis, y los dos “(…) *se hacen una sola carne.*” (Gen 2: 24)

Su unidad es semejante a la unidad del pensamiento y de la palabra que lo expresa. Es la unidad de Dios (como del Padre o del Esposo) y del hombre (como del Hijo y de la Esposa, o de Adán y de Eva.)

En esta unidad, que en otros términos se llama matrimonio, según la lógica del texto bíblico y la confirmación directa del evangelio apócrifo de Felipe (60), se esconde el origen del mundo:

“*El misterio del matrimonio [es] grande, pues [sin él] el mundo no existiría. La consistencia [del mundo depende del hombre], la consistencia [del hombre depende del] matrimonio. Reparad en la unión [sin mancha], pues tiene [un gran] poder. Su imagen radica en la polución [corporal].*” (Ev. de Felipe, 60)⁴

4. *Los Evangelios Apócrifos*, por Aurelio De Santos Otero, [BAC](#)

La última frase evidencia, que aquí no se habla del matrimonio que conocemos y que se define como la polución corporal, sino se habla de la unión sin mancha que es el matrimonio impoluto entre Dios y el hombre, lo que se logra solamente cuando la copia es perfecta, es decir, cuando no es nacida por el hombre, sino por Dios Mismo a través del Espíritu Santo - el único que puede asegurar la reflexión perfecta de Dios en el hombre, tal, como si fuera surgida en un espejo impecable.

Pero la santidad (o la perfección) no puede ser impuesta. La misma sólo entonces es verdadera, cuando el hombre de dos alternativas posibles - el bien o el mal; la verdad o la mentira - elige el bien y la verdad que son siempre santos. Ambos conceptos se eligen por el corazón y por el espíritu. Pero en Adán aun no vivía ningún espíritu, pues Dios con el propósito de probarlo le mostró dos espíritus alternativos y le permitió elegir libremente entre ellos. La Biblia los simboliza con dos árboles plantados en el centro del paraíso, donde Dios colocó al hombre, a saber: con el árbol de la Vida y con el árbol de la ciencia del bien y del mal. Indicándolos al hombre Dios le dijo:

“(…) De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio.” (Gen 2: 16-17)

Se hace claro que los árboles comprendían también dos estados posibles para el hombre, relacionados con el espíritu que elija: uno es el estado de la Vida y el otro, es el que lleva a la muerte. En otros términos, Dios que había creado al hombre para la vida eterna, le advirtió que, si toma el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, su vida se hará temporal, es decir, él se convertirá en un ser mortal. Eso significa que, además de la eternidad y temporalidad, esos árboles, de hecho, indican también dos caminos alternativos para el hombre o dos mundos alternativos. Si el hombre siguiera a la Palabra del Señor adquiriría la vida eterna, o real, mas si faltara a la misma, caería al mundo temporal o ilusorio.

Sabiendo de antemano que él elegirá, según la “carne”⁵ y por eso su elección caerá sobre el árbol de la ciencia del bien y del mal, Dios le permitió ir por el camino escogido, para que de haber pasado por todas las pruebas vinculadas con su elección y de haber conocido así lo que es la vida y lo que es la muerte, pudiera hacer su libre elección entre ellas. Así el Señor lo curtía en el fuego, como se lo hacen con el acero con el fin que adquiera calidad y resistencia, pues cuando el hombre elige el bien y la verdad, se harta de ellos y se hace uno con ellos. Mas cuando elige el mal y la mentira, se harta del mal y de la mentira y se hace uno ya con ellos. Mientras tanto el bien y la verdad son nada más que testimonios de la presencia del Espíritu Santo de Dios en el hombre, que se revela a través del amor - la fuente de la Vida. En cuanto al mal y a la mentira, estos, al revés, indican la presencia en el hombre del espíritu impuro que a fin de cuentas lo lleva hacia la ruina y muerte. Pero para que el espíritu escogido por el hombre no lo destruya irremediamente, Dios hizo que en su creatura temporalmente vivan ambos espíritus. Así el destino del hombre en la eternidad dependería enteramente del espíritu que en él prevalezca, “*porque*”, como decía Jesús refiriéndose a la presencia del Espíritu Santo en el hombre en la hora del juicio, “*a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.*” (Mt 13: 12)

Por eso el salmista que amo la santidad de Dios, el Señor de la Vida, le decía:

5. La palabra “carne” puse entre comillas, ya que no se refiere aquí a la carne mortal, sino a la sustancia de la cual fue hecho el alma del hombre. Véase en el capítulo “Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección” de mi libro “Las afecciones de la Iglesia terrenal, o pese a la enseñanza de Jesucristo” (Bs.As. 2015)

“Mas yo, en la justicia, contemplaré tu rostro, al despertar me hartaré de tu imagen.”
(Sal 17: 15)

Pues ¿qué incluye el concepto de la justicia? – La reflexión cabal del pensamiento o del hecho en la palabra, la que se consigue sólo por la perfección absoluta del “espejo”, o por la pureza absoluta de la conciencia, que no permite ninguna, hasta la mínima, alteración del pensamiento en la palabra. Y lo que se refiere a la pureza de la conciencia, esta no sólo se debe a la predominancia del Espíritu Santo en el hombre, sino a su posesión total del hombre, cuando el pensamiento del mismo y la palabra que lo refleja, se hacen uno. Eso significa que cuando el hombre en la santidad de la justicia mira a Dios a través de la Palabra Divina, se harta con esa Palabra y la refleja haciéndose uno con Dios. Como dice el apóstol Juan, “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios.” (Jn 1: 1)

Del mismo modo Eva, la semejanza de Adán. Cuando ella mira a Adán (la inteligencia de la que procede) en la santidad de la justicia, lo refleja haciéndose una “carne” con él, es decir, su carne adquiere la forma de la inteligencia, o del pensamiento de Adán.

En esencia el espíritu de la verdad es el Mismo Espíritu Santo, una de las tres personas de la Santísima Trinidad, cuyas relaciones, como he mostrado en el libro “Las afecciones de la Iglesia terrenal o pese a la enseñanza de Jesucristo” (Bs.As. 2015), son semejantes a las relaciones del Pensamiento (el Padre), de la Palabra que lo revela (el Hijo) y de la Conciencia responsable por la exactitud de esta revelación (el Espíritu Santo). En el Espíritu Santo está la base de la Vida eterna del hombre. Si el lugar del Espíritu Santo ocupa el espíritu impuro de la mentira, entonces la conciencia se ausenta y la palabra no refleja el pensamiento o lo altera, en cuya consecuencia la Vida se destruye por la muerte. Precisamente por eso Jesús había marcado la importancia vital del Espíritu Santo diciendo:

“(…) Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro.” (Mt 12: 31-32)

Todo lo dicho, como ya había notado, tiene una relación directa con el misterio de la Virgen María, la Madre de Dios, porque su protagonista principal es justamente el Espíritu Santo. Pero para entenderlo mejor debemos antes comprender que fue en realidad lo que paso con Eva, o cual fue el camino que eligió. Por eso comencemos con Eva, o con el mundo de Eva, cuyo personaje principal es el espíritu impuro llamado en la Biblia *la serpiente*.

Eva

Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. (Gen 3: 14)

“Por la mujer fue el comienzo del pecado, y por causa de ella morimos todos.” (Si 25: 24)

Y ocurrió que Eva engañada por la serpiente - el animal de campo más astuto - cedió a los sentimientos de su naturaleza y desobedeció a Dios. Por su causa desobedeció a

Dios también Adán, pues ambos formaban “un sólo ser”⁵. Así se inició un largo y penoso camino de la vida ilusoria, donde gobiernan la mentira y la muerte. He ahí, cómo el Génesis describe el funesto engaño del diablo:

“La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahveh Dios había hecho. Y dijo a la mujer: «¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?» Respondió la mujer a la serpiente: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte.» Replicó la serpiente a la mujer: «De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.» Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió. Entonces se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores.” (Gen 3: 1-7)

Así, a la Palabra de Dios “morirás sin remedio” (Gen 2: 17) la serpiente contrapuso su palabra falsa: “De ninguna manera moriréis (...), seréis como dioses, conocedores del bien y del mal”. Y Eva y Adán se tentaron por su ignorancia con la palabra de la serpiente que excitó en ellos el sentido de soberbia y hasta no se dieron cuenta que al saber perfecto que fue reservado para ellos por Dios prefirieron la ciencia imperfecta y falsa que les ofreció la serpiente.

Como nos comunica el Génesis, antes de la desobediencia a Dios Adán y Eva “estaban ambos desnudos” y “no se avergonzaban uno del otro.” (Gen 2: 25), porque aun no conocían ningún vestido - ni el vestido de la Vida, ni el de la muerte, los que completamente dependen del espíritu que viviría en el hombre. Pero después de la desobediencia lo primero que sintieron, era la conciencia de su desnudez y el sentido de vergüenza por ella. Así lo cuenta el Génesis:

“(...) se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores.” (Gen 3: 7)

Como vemos el culpable de la vergüenza era el espíritu impuro de la serpiente, que se incorporó en ellos apenas comieron el fruto del árbol de la ciencia del bien e del mal, que, además, despertó en ellos la conciencia sexual. Fue la consecuencia del hecho que Adán y Eva prefirieron seguir a la palabra de la serpiente y así alteraron su imagen divina convirtiéndose en la imagen de aquella creatura, por cuya palabra se guiaron.

En tal estado ellos ya no podían permanecer en el paraíso de Dios y fueron echados de ahí al mundo ilusorio. Pero antes de echarlos de ahí Dios, como nos comunica el Génesis, “(...) hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió.” (Gen 3: 21)

Esas túnicas eran, en realidad, de carne y sangre que no les permitían volver al paraíso, porque el espíritu destructor impuro que llevaban en su dentro, era contrario a la Vida creada por Dios. “La llama de espada vibrante” que el Señor “puso delante del jardín de Edén” (...), para guardar el camino del árbol de la vida” (Gen 3: 24), de hecho, se refiere a esas túnicas carnales, llenas de pasiones ardientes. Diciendo de otra manera, la dicha espada era el cuerpo segundo, o exterior, del hombre, que lo alejó de Dios, pues, según el apóstol Pablo, “(...) mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor” (2 Cor 5: 6)

5. “una sólo carne” (Gen 2: 24). Preferí aquí escribir *ser*, porque la carne se entiende, según el concepto de este mundo, y entendido así es mortal. Pero en este caso se trata del cuerpo inicial de Adán, el que se recuperará en el día séptimo. La traducción no se fijó en esta diferencia.

Fue justamente ese cuerpo exterior de Adán y Eva, que se hizo barrera para impedir su vuelta al Reino de Dios. Cautivó al alma del hombre, la que, como ya fue dicho, es su cuerpo interior y espiritual. En cuanto a la existencia de esos dos cuerpos del hombre, la confirma el apóstol Pablo diciendo:

“(...) Pues si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual.” (1 Cor 15: 44)

En otro lugar a esos dos cuerpos el mismo apóstol los define como hombre interior y hombre exterior:

“Pues me complazco”, dice, “en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?” (Rom 7: 22-24)

Está claro que también aquí tenemos una confrontación entre la ley del hombre interior, es decir, de la razón, y la ley de los miembros, es decir, del hombre exterior que es el *“cuerpo que lleva a la muerte.”*

El apóstol Pablo habla también de las orientaciones contrarias de esos dos cuerpos diciendo: *“(...) Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, mas con la carne, a la ley del pecado.”* (Rom 7: 25)

La razón, como se sabe, es la cualidad del alma, por eso no es difícil adivinar que el apóstol aquí se refiere a los dos cuerpos: al cuerpo interior que es alma y al cuerpo carnal que es el cuerpo exterior y mortal.

De lo mismo habla también la siguiente declaración del apóstol, mostrando que bajo el cuerpo exterior se refiere al cuerpo visible y mortal, mas bajo el cuerpo interior, al invisible y eterno.

“(...) Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando,” dice, “el hombre interior se va renovando de día en día. En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna, a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas.” (2 Cor 4: 16-18)

A los mismos cuerpos, aunque alegóricamente, se refiere también Jesucristo, cuando dice a los fariseos:

“(...) ¡Bien! Vosotros, los fariseos, purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad. ¡Insensatos! el que hizo el exterior, ¿no hizo también el interior?” (Lc 11: 39-40)

Hablando del cuerpo exterior Jesús y los apóstoles, así, se refieren a la sangre y a la carne que son ninguna otra cosa que el vestido de la muerte del hombre, o, como dice el apóstol Pablo, el *“cuerpo que lleva a la muerte”*, porque *“(...) La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.”* (1 Cor 15: 50)

Contra poniéndolas al alma, Eclesiástico así destaca su esencia mortal:

“(...) la carne y la sangre sólo el mal conciben. (...) polvo y ceniza son los hombres.” (Si 17: 31, 32)

Revelando a su vez la esencia de la tragedia ocurrida Salomón dice:

“(...) Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen” (Sb 2: 23-24)

Justamente por eso Jesucristo, llamando *diablo* a la serpiente antigua, dice de él:

“(...) Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira.” (Jn 8: 44)

El Señor lo cualifica como homicida, porque al separar al hombre de Dios, él, de hecho, mató al hombre, es decir, lo hizo mortal, así que eso fue un acto contra la Creación. Y ya que la esencia de la Creación es la Vida, consiguientemente, lo que hizo el diablo, o la serpiente bíblica, fue un acto contra la Vida en su verdadero sentido, porque provocó la entrada de su palabra mentirosa en la Creación, por lo que el Señor le dijo a él (o ella):

“(...) maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.” (Gen 3: 14)

Cuando el Señor dice “maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo”, Él, de hecho, declara que será maldito para todo lo vivo, que por su causa adquirió la carne y sangre mortal, y antes de todo para el hombre, es decir, los que están malditos no son los mortales, sino maldita es la serpiente - el querubín caído que “no se mantuvo en la verdad”.

Nos detenemos ahora en cómo el Señor describe esa maldición. Vemos, que significa andar sobre su vientre y comer polvo.

En el sentido literal todas las serpientes andan sobre sus vientres y comen carne que, según el Génesis, es hecha “de polvo y al polvo tornará” (Gen 3: 19). Pero aquí nos encontramos con una alegoría, pues el Eclesiástico bajo el vientre de la serpiente entiende “*las entrañas de seol*”, que define como la “*palabra mentirosa*”:

“(...) Cerca de la muerte estaba mi alma, mi vida estaba junto al seol” (Si 51: 6), recuerda Sirácides y luego agradece a Dios por la salvación de su alma “*de la perdición, del lazo de la lengua insidiosa, de los labios que urden mentira; (...) de las dentelladas de los dispuestos a devorarlo.*” En otros términos, él agradece al Señor, porque Él lo salvó “*de la hondura de las entrañas del seol, de la lengua impura, de la palabra mentirosa, -calumnia de lengua injusta ante el rey.*” (Si 51: 2-6)

Entonces las entrañas del seol son las entrañas, o el vientre, de la serpiente que a su vez es la lengua impura, la palabra mentirosa y la calumnia, mientras que el rey se refiere a la serpiente misma, es decir, al mentiroso que se creó Dios y con su palabra falsa dio comienzo al mundo profanado que “camina sobre su vientre”. Y caminar sobre el vientre significa apoyarse en el vientre, coordinar su vida según las exigencias del vientre, ser esclavo del vientre saturado de vanidad, buscando sólo satisfacciones en la alimentación y atracciones sexuales que en el mejor caso llevan al nacimiento de los hijos mortales y en el peor caso, a las inmundicias.

Pero, como dice el apóstol Pablo, “*La comida para el vientre y el vientre para la comida. Mas lo uno y lo otro destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo.*” (1Cor 5: 13)

Así que el apóstol contrapone el vientre temporal, es decir, la carne con su sangre, al cuerpo, bajo el cual se entiende al alma predestinada para la vida eterna, es decir, a Adán, o “*al hombre interno*” (Rom 7: 22; 2 Cor 4: 16). Eso significa también que el hombre no es el dueño de su cuerpo o del cuerpo ajeno, porque ese cuerpo está creado para Dios y no para una creatura.

Y sin embargo por una artimaña diabólica el hombre confunde su alma con el cuerpo externo, o con ese mismo “vientre”. Sin saber distinguir esas dos nociones él sirve a su vientre como a su vida y no a su Señor que es el Espíritu de la Vida. Y, además, como si fuera poco, adelantando la lógica del vientre, alienta a los otros para que lo sirvan. Como dice el apóstol Pablo, estos “*(...) no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su propio vientre, y, por medio de suaves palabras y lisonjas, seducen los corazones de los sencillos.*” (Rom 16: 18)

Así, los que sirven a su vientre son antagonistas de los que sirven al Señor Jesucristo. En otro lugar el mismo apóstol refiriéndose a los mismos constata que su “*final es la*

perdición”, su *“Dios es el vientre”* y su *“gloria está en su vergüenza que no piensan más que en las cosas de la tierra.”* (Fil 3: 19)

En cuanto a la vergüenza, se refiere a todo tipo de perversiones que surgen en la base de la complacencia al vientre, pues el vientre es voraz y egoísta. Mientras más el hombre se esmera por complacerlo, más diversificación exige tanto en la comida como en los gozos. A través del vientre la serpiente antigua ajonjea al hombre haciéndole que la confunda con Dios y en lugar de servir a Dios sirva a ella como si fuera Dios. Pero Jesús nos había advertido definiéndolo a su Padre celestial del siguiente modo:

“No es un Dios de muertos, sino de vivos. Estáis en un gran error.” (Mc 12: 27)

Diciendo “muertos” se refiere a los que confunden las necesidades de su alma con las de su “vientre” y sirven al vientre que es perecedero, mientras que las necesidades del alma que responde por la Vida eterna ponen en segundo lugar o ni siquiera perciben.- En otros términos, Dios no es Dios de la sangre y de la carne que se convierten en polvo, sino es Dios del alma que vive eternamente.

Pero ya que al caer Adán otorgó su alma al espíritu ajeno, el Señor le predijo una agotadora vida temporal en la carne y la muerte inminente:

“(…) Por haber escuchado la voz de tu mujer,” le dijo, *“y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.”* (Gen 3: 17-19)

Esas palabras, de hecho, eran la descripción de aquella vida ilusoria que él escogió por error, siendo engañado por la serpiente. A continuación el Génesis dice:

“El hombre llamó a su mujer «Eva», por ser ella la madre de todos los vivientes.”(Gen 3: 20)

Pero en realidad Eva se hizo la madre de todos los que viven *temporalmente*, es decir, de aquellos, quienes nacen para morir, pues parió a sus primogénitos ya fuera del paraíso y siendo vestida en las túnicas de piel”. Diciendo de otra manera, ella se hizo madre de los que Dios los llama polvo (*“eres polvo y al polvo tornarás”* (Gen 3: 19)) y a quienes come la serpiente (*“polvo comerás todos los días de tu vida.”* (Gen 3: 14)), es decir, a los que nacen por la concupiscencia del hombre.

Entonces, la semilla de Dios – el Padre de la Creación - fue sustituida por la semilla de discordia que se creció en Adán como idea: *“Yo mismo puedo ser tanto padre como creador”*. Con eso Adán no se dio cuenta que se puso en el lugar de Dios y así destruyó la unidad de la creación en el Creador. **Así cada Adán separado de Dios es un enemigo potencial del otro, ya que ha despreciado el principio que une a todos.** Ese desprecio depende del grado de la corruptibilidad de cada Adán y se siente hasta al nivel de la familia. Primero él se desintegra en las tribus, razas, los pueblos hostiles; después, en las familias hostiles; luego en los miembros de la familia hostiles y, al fin, se desintegra en sí mismo. Así se aumenta la hostilidad sobre la tierra, que más y más a menudo desemboca en guerras sanguíneas, en las que reina la mentira. Incluso su concepto de la verdad se desintegra en él en la verdad suya y en la verdad ajena, originando un concepto de la verdad particular, que sólo refuerza a la mentira.

El daño y las destrucciones vinculados con la separación del hombre de Dios son polifacéticos e incontables. Sabiendo el desarrollo y el vínculo de las cosas y fenómenos Dios Quién todavía antes de la caída decía a Adán y Eva *“(…) Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra (...)”* (Gen 1: 28), ahora dice a Eva:

“(…) Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará.” (Gen 3: 16)

A primera vista la diferencia entre el mandamiento original y el posterior castigo no parece importante. Pero es sólo a primera vista, pues las fatigas y el dolor aquí se presentan como consecuencias de la apetencia de la mujer hacia su marido y de la dominación del marido sobre la mujer, o, mejor dicho, sobre su cuerpo que, como atestigua el apóstol Pablo, está predestinado sólo para el Señor. Recordemos sus palabras, ya citadas aquí: *“La comida para el vientre y el vientre para la comida. Mas lo uno y lo otro destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo.”* (1Cor 6: 13)

De ahí vemos que toda dominación sobre el cuerpo del hombre, excepto la del Señor, en resumidas cuentas, es una fornicación. Las siguientes palabras de Jesucristo sólo confirman eso:

“(…) Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección.” (Lc 20: 34-36)

Aquí encontramos una indicación evidente de lo que en el paraíso – lo mismo que en el Reino de Dios - no hubo matrimonios semejantes a los nuestros, pues estos aparecieron ya fuera del paraíso. Eso significa que allí la fecundidad y multiplicación son totalmente otras, no parecidas a las que conocemos en la tierra.

De qué se trata esa fecundación y multiplicación mencionadas en el primer capítulo del Génesis, lo veremos más adelante. Pero ahora notemos sólo que, cuando el Señor dice a Eva caída que tantas hará sus fatigas cuantos embarazos tendrá, se refiere al matrimonio convertido, o profanado, en cuya consecuencia nacen hijos mortales, predestinados para el alimento del dragón bíblico. La suerte de Eva que “grita con los dolores del parto” y de sus hijos que se devoran por la Serpiente está grabada en el Apocalipsis de Juan de la siguiente manera:

“Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz.” (Ap 12: 1-4)

En ese cuadro de sufrimientos y de dolor está la imagen de nuestro mundo, cuyo verdugo principal es el tiempo que devora a los hijos del mundo como el Dragón, o la Serpiente bíblica. Al acusar a Dios de la mentira y al convencer a Adán de romper el precepto Divino, el Dragón, o la serpiente bíblica, de hecho, se hizo dios maléfico para Adán y Eva. El usurpó el recipiente, que no fue predestinado a él, y lo enajenó a Dios; en cuya consecuencia, como dice el apóstol Pablo, Adán y Eva

“(…) cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador, que es bendito por los siglos. Amén.” (Rom 1: 25)

Así, la palabra de la serpiente se convirtió en aquella semilla espiritual, que actúa en la carne y la sangre del hombre caído, generando todos los hechos criminales del mundo en el cual él cayó. El mismo hecho marca también el profeta Esdras, cuando dice: *“(…) la semilla de la mala siembra fue sembrada desde el principio en el corazón de Adán, Y cuánta impiedad no engendró hasta ahora y no engendrará aún hasta que llegue la siega?”*⁶

6. La Sagrada Biblia traducida por Dr. Félix Torres Amat y revisada por Mons. Dr. Juan Straubinger: IV Esdras 4: 30-31

Pero en esencia ¿qué fue lo que paso con Adán? Fue el hecho que él formó laso matrimonial con una creatura y no con Dios, y así se hizo ajeno a Dios. En otros términos, Adán y Eva, según el apóstol Pablo, “*cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles.*” (Rom 1: 23) Significa que en Adán se transformó y se corrompió no sólo el hombre, sino también el resto del mundo - las aves y los cuadrúpedos - , pues al comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal él formó un mundo, donde el bien y el mal conviven como el asesino (Caín) y su víctima (Abel) hasta el fin de los tiempos.

El hecho de la traición de Adán se menciona en muchos libros de la Sagrada Escritura. El Señor Mismo hablando por la boca de los profetas, se dirige a él, como a la mujer que lo traicionó. Así, le dice por la boca de Jeremías:

“Yo te había plantado de la cepa selecta, toda entera de simiente legítima. Pues ¿cómo te has mudado en sarmiento de vid bastarda?” (Jr 2: 21)

Mientras que el profeta Oseas precisa: “*Han sido infieles a Yahveh, han engendrado hijos bastardas (...)*” (Os 5: 7)

Esa infidelidad fue causada por la contaminación del hombre, es decir, por su separación de Dios. En el Deuteronomio se dice que tal hombre ya no puede considerarse como hijo de Dios, pues Dios –

“Él es la Roca, su obra es consumada, pues todos sus caminos son justicia. Es Dios de la lealtad, no de perfidia, es justo y recto.”

Pero respecto de los hijos de Dios, es decir, respecto de Adán y Eva, confirma:

“Se han pervertido los que él engendró sin tara, generación perversa y tortuosa.” (Dt 32: 4-5)

El mismo Oseas dice también:

“¡Pleitead con vuestra madre, pleitead, porque ella ya no es mi mujer, y yo no soy su marido! ¡Que quite de su rostro sus prostituciones y de entre sus pechos sus adulterios; no sea que yo la desnude toda entera, y la deje como el día en que nació, la ponga hecha un desierto, la reduzca a tierra árida, y la haga morir de sed! Ni de sus hijos me compadeceré, porque son hijos de prostitución.” (Os 2: 4-6)

Aquí Dios, por el motivo observado en el principio de este artículo, se dirige a Adán, como a Eva. Por la misma razón, según el relato alegórico del Génesis, la parte de Adán que lo traicionó primera, fue la mujer. Pero el apóstol Pablo dice de ella:

“(…) la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión. Con todo, se salvará por su maternidad mientras persevere con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad.” (1 Tim 2: 14-15)

Esa última afirmación sobre su salvación por la maternidad atestigua que Dios hasta de la criminalidad del hombre saca un provecho para su creatura, pues, aunque Adán y Eva engendran hijos bastardas, su amor hacia ellos se convierte en una imagen (por más débil que sea) del amor de Dios hacia ellos mismos y mientras perseveren con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad, es decir, mientras sometan a la Ley de Moisés dada a los pecadores para que reconozcan el pecado e intentan evitarlo, se salvarán tanto los padres como los hijos. Hablando de la *transgresión* de la mujer que prestó su cuerpo a un espíritu ajeno, el apóstol alude a la posición de Dios respecto de las relaciones sexuales en general. Otra semejante alusión la vemos en las siguientes palabras del profeta Nahúm:

“¿Qué tramáis contra Jehová? Él hará consumación; la tribulación no se levantará dos veces. Porque como espinas entretrojadas, estando embriagados con su vino, serán consumidos como paja completamente seca.” (Reina Velera Gomez. Nhm 1: 9-10)

No es difícil adivinar que el fragmento se refiere a las atracciones y relaciones sexuales que, de hecho, se igualan a una revuelta contra Dios preñada de la aniquilación de los hombres.

Además, las siguientes palabras del profeta Oseas, referidas al hombre, hacen concluir que precisamente el “amor” carnal y el nacimiento de los mortales son los que señalan “el siglo de los tiempos” lleno de todo tipo de males, enfermedades y de la muerte, mientras que sólo el fin de los tiempos separaría definitivamente el mal del bien en nombre de la Vida de la creación en el Señor:

“Dolores de mujer de parto le vendrán”, dice el profeta respecto al hombre caído; “es un hijo no sabio, que de otra manera no se detuviera tanto en el tiempo del nacimiento de los hijos.” (Reina Velera Gomez. Os 13: 13), - es decir, no escucharía la palabra de la serpiente, no nacería de la semilla del varón y no sentiría dolores, pues no estaría vestido en la ropa carnal que tan místicamente está unida con el alma, que el hombre, depende del espíritu que lo llena, podría o conservar su alma después de la muerte de su hombre exterior, o destruirla junto con este.

De todo lo dicho sigue que la interminable cadena de los nacimientos y de las muertes está directamente vinculada con Eva engañada que a la Palabra de Dios prefirió la palabra de la bestia. Sobre la misma palabra está construido el mundo, en el que vivimos, o el mundo de Eva engañada.

Y sin embargo este mundo existe por la voluntad de Dios que hasta el fin de los tiempos le dio a Adán y Eva la libertad de la elección. Todo en este mundo, aunque profanado, existe para la salvación de Adán. Y todas las penurias y pruebas que el hombre en el pasa, sirven para que después de ver las consecuencias de su elección, él entienda el significado de lo que pasa con él y, ya aducho, haga conscientemente su elección final entre la Vida y la Muerte, es decir, entre la Vida de verdad y la vida ilusoria.

La imagen de la serpiente bíblica y su mundo en el Apocalipsis de Juan está presentada alegóricamente en la persona de la ramera de Babilonia que está sentada “sobre grandes aguas” y con la cual “fornicaron los reyes de la tierra”.

“Entonces”, leemos en el Apocalipsis de Juan, “vino uno de los siete Ángeles que llevaban las siete copas y me habló: «Ven, que te voy a mostrar el juicio de la célebre Ramera, que se sienta sobre grandes aguas, con ella fornicaron los reyes de la tierra, y los habitantes de la tierra se embriagaron con el vino de su prostitución.» Me trasladó en espíritu al desierto. Y vi una mujer, sentada sobre una Bestia de color escarlata, cubierta de títulos blasfemos; la Bestia tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas; llevaba en su mano una copa de oro llena de abominaciones, y también las impurezas de su prostitución, y en su frente un nombre escrito - un misterio -: «La Gran Babilonia, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra.» Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús. Y me asombré grandemente al verla; pero el Ángel me dijo: «¿Por qué te asombras? Voy a explicarte el misterio de la mujer (...).” (Ap 17: 1-7)

Y un poco abajo el mismo apóstol añade:

“Y la mujer que has visto es la Gran Ciudad, la que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra.” (Ap 17: 18)

Como he escrito en mis observaciones anteriores (me refiero a “La llave bíblica del problema de Dios hombre y de la Tierra de Dios, o una vez más sobre la profecía de Noé” Bs.As. 2015), bajo “la ciudad la que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra” en la Sagrada Escritura se entiende el mundo, en el que reina la palabra de la serpiente, del enemigo del Señor y del hombre, que hace todo para que el hombre no se una con

Dios y no se revele la imagen Divina a quien pertenecerá todo el poder sobre la Creación.

María, la Virgen inmaculada, Madre de Dios – Eva transformada

¿Hasta cuándo andarás errante, oh hija contumaz? Porque Jehová creará una cosa nueva sobre la tierra; la mujer rodeará al varón. (RVG Jer 31: 22)

*Bendita tú Eres entre todas las mujeres y Bendito sea el Fruto de tu vientre: Jesús!
(Lc 1: 42)*

Con todo Dios no abandonó a su creatura caída. A lo largo de los tiempos la siguió y por la boca de los reyes y profetas de un modo o de otro le habló del camino funesto que escogió exhortándola siempre que se arrepintiera y diera vuelta a Él como a la fuente de la Vida. “*Harás lo que es justo y bueno a los ojos de Yahveh*”, le decía en los tiempos de Moisés, “*para que seas feliz y llegues a tomar posesión de esa tierra buena de la que Yahveh juró a tus padres.*” (Dt 6: 18)

“(…) *Convertíos,*” le decía también por la boca de Ezequiel, “*y apartaos de todos vuestros crímenes; no haya para vosotros más ocasión de culpa. Descargaos de todos los crímenes que habéis cometido contra mí, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere, oráculo del Señor Yahveh. Convertíos y vivid.*” (Ez 18: 30-32)

Por la boca del profeta Jeremías Él preguntaba al hombre en la persona de Eva: “*¿Hasta cuándo andarás errante, oh hija contumaz?*” – es decir, ¿hasta cuándo andarás fuera del paraíso, o fuera de la Vida eterna? – y le prometía ayudar a deshacerse de esa calamidad. ¿Cómo?

“*Porque*”, continuaba, “*Jehová creará una cosa nueva sobre la tierra; la mujer rodeará al varón.*” (RVG Jer 31: 22)

Si recordemos las palabras de Eclesiástico citadas antes, que decían: “*Por la mujer fue el comienzo del pecado, y por causa de ella morimos todos*”, entenderemos que si se dice que la mujer rodeará al varón, significa que también la mujer defenderá y salvará al varón, es decir, de la mujer comenzará la salvación y la Vida eterna del hombre. Pero ¿cómo lo hará, a través de qué cosa nueva? A esta pregunta contesta en continuación el mismo profeta Jeremías.

“*Así dice Yahveh Sebaot, el Dios de Israel: Todavía dirán este refrán en tierra de Judá y en sus ciudades, cuando yo haga volver a sus cautivos: «¡Bendígate Yahveh, oh estancia justa, oh monte santo!»*” (Jer 31: 23)

De lo dicho se ve que la nueva cosa consistirá en la revelación de la justicia Divina, que liberará al hombre de la esclavitud de la mentira, del pecado y de la muerte, pues, diciendo “*cuando yo haga volver a sus cautivos*”, el Señor refiere a la liberación de la cautividad de la carne y de la sangre, o de “*las túnicas de piel*” en las que Él Mismo vistió al hombre caído. Bajo “*la tierra de Judá*” se entiende el Reino de Dios, pues, como he mostrado en mi libro “*Los seis días de la Creación y el Día Séptimo*” (Bs.As. 2013), el concepto de Judá no se refiere a una raza terrenal, sino al Rey de la Justicia y de la verdad, mientras que bajo la bendita estancia justa, o el monte santo, se entiende la esposa (Adán con Eva para Dios) que dejará de ser morada del espíritu impuro y se convertirá en la morada del espíritu de la verdad y santidad, libre de cualquier concupiscencia y falsedad.

La imagen de tal morada en la tierra es la virginidad conciente que no conoce el matrimonio terrenal. Aunque suene absurdo a los ojos del hombre terrenal, es precisamente el estado del hombre, que Dios más desea. Por conseguirlo Él estableció la Ley de la Vida que ayuda al hombre apaciguar sus concupiscencias hasta lograr el poder total sobre ellas, pues la idea de la Vida está basada sobre la santidad absoluta del hombre, ya que santo y perfecto es Dios que quiere lo mismo para el hombre, su imagen y semejanza.

“(…) sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.” (Mt 5: 48), dice Jesucristo, de hecho, repitiendo lo dicho por Él Mismo en el Deuteronomio: *“Serás intachable delante del SEÑOR tu Dios.”* (La Nueva Biblia de los Hispanos. Dt 18: 13)

El origen de esta perfección yace en el candor virginal del hombre. Según el Apocalipsis griego de Esdras, Dios directamente dice al hombre:

“Dame tú el tesoro sin corrupción e inviolable, la joya de la virginidad, la muralla de los hombres”.⁷

Y aunque las palabras citadas pertenecen a una fuente que se considera apócrifo, las mismas en su esencia representan una revelación Divina que con toda propiedad corresponde al pensamiento y a la lógica de los libros canónicos de la Sagrada Escritura. Cuando la virginidad se declara como la muralla de los hombres, significa que el hombre es fuerte y Divino, cuando es virgen. La virginidad es su esencia, porque es la condición del matrimonio del hombre con Dios, el que yace en la base de su Vida eterna. El hombre puede adquirir la eternidad sólo siendo conectado con la fuente de la eternidad que es Dios Mismo. Y estar conectado con Dios significa estar en matrimonio con Él.

“(…) Yo seré a él como el ciprés verde”, dice Dios al hombre; *“de mí será hallado tu fruto.”* (RVG Js 14: 8)

Parece, aquí Dios le dice al hombre: Yo debo ser tu marido y nadie más, ninguna creatura Mía, para que los frutos sean eternos. El ciprés verde personifica justamente el Árbol eterno de la Vida, en el que descansa el Espíritu Santo. Jesús lo llama vid.

“Yo soy la vid”, dice el Espíritu Santo en Él; *“vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden.”* (Jn 15: 5-6)

De hecho, aquí también se habla del matrimonio de Dios con el hombre que fue creado justamente para este matrimonio y no para el matrimonio profanado con la creatura (alegóricamente con la serpiente, animal del campo). Para que el hombre se haga la imagen y semejanza de Dios y entre en su Reino, el hombre debe conocer al Creador y no confundirlo con su creatura. Pero conocerlo se puede sólo en la verdad y santidad. Por eso no fue casual que Salomón dirigiéndose a Dios, digiera:

“(…) el conocerte a ti es la perfecta justicia y conocer tu poder, la raíz de la inmortalidad.” (Sb 15: 3).

En este saber está el comienzo del Nuevo Testamento de Dios del que Él habló aun por la boca del profeta Jeremías, cuando dijo:

“(…) Yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos - oráculo de Yahveh

7. Los apocalipsis. 45 textos apocalípticos... A.Piñero. EDAF Madrid-Buenos Aires – 2007, crp. 145

-Sino que esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días - oráculo de Yahveh -: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.” (Jer 31: 31-33)

Y porque la caída y la salvación del hombre dependen de su corazón que aviva el cuerpo, y porque el corazón por el sentido interno de la Palabra de Dios corresponde a la mujer, todo comienza con ella – tanto la caída como la salvación.

La primera mujer, en la que Dios puso su Ley y sobre cuyo corazón la escribió era la Inmaculada Virgen María. He ahí como se realizó su matrimonio con Dios, según el Evangelio de Lucas, que nos comunica el diálogo de la Virgen María con el arcángel Gabriel, el mensajero de Dios que la visitó:

(...) « *¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. (...) has hallado gracia delante de Dios. Y he aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre JESUS. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; y reinará sobre la casa de Jacob por siempre; y de su reino no habrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Y respondiendo el ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también lo Santo que de ti nacerá, será llamado el Hijo de Dios. (...) Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase a mí conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de ella. (...)*” (RVG Lc 1: 28, 31-35, 38)

Las palabras del arcángel “¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo” nos dicen que María se llenó del Espíritu Santo; las palabras “bendita tú entre las mujeres” nos avisan el inicio - a través de ella y en ella - del nuevo mundo bendito, libre del pecado de Eva al que están sometidas las otras mujeres. Las palabras “has hallado gracia delante de Dios” significan que fue elegida por Dios por su pureza. Su virginidad se revela por su pregunta: “: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón.” La respuesta del arcángel “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” describe, de hecho, el matrimonio de Dios con el hombre en la carne y sangre, es decir, describe, cómo el Espíritu Santo viene sobre el hombre caído a través de la santa alma de María. Lo que el matrimonio de María fue con el Espíritu Santo dice también el Evangelio según Mateo, en el que leemos:

“(…) *José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo.*” (Mt 1: 20)

La sumisión de la Virgen María a la Palabra de Dios es una plena antítesis de la desobediencia de Eva que la ignoró y perdió su virginidad. A pesar de que es difícil para el hombre terrenal creer en el nacimiento de la carne del Espíritu Santo, María se entregó enteramente a la Palabra del Creador y le dijo: “He aquí la sierva del Señor; hágase a mí conforme a tu palabra.” Y la Palabra del Señor, como hemos visto, decía: “he aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre JESUS. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; y reinará sobre la casa de Jacob por siempre; y de su reino no habrá fin.”

Aceptándola ella concibió a Dios. Justamente por eso se le había dicho a ella:

“*Bendita tú Eres entre todas las mujeres y Bendito sea el Fruto de tu vientre: Jesús!*” (Lc 1: 42)

El “vientre” aquí, igual que en relación con Eva, significa *palabra*, pero en esta vez es bendita, pues pertenece a Dios. Lo que el vientre ahora se refiere a la Palabra de Dios, atestigua también la siguiente réplica de Jesucristo, que encontramos en el Evangelio de Lucas:

“*Y aconteció que diciendo estas cosas, una mujer de entre la multitud, levantando la voz, le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste. Y Él dijo:*

Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.” (RVG Lc 11: 27-28)

Así Jesús al vientre físico opuso la Palabra de Dios mostrando, de hecho, el modo del nacimiento para la Vida eterna y la verdadera fuente de la misma. A los que la oyen y cumplen, los llamo bienaventurados, pues la Palabra de Dios es el único camino del regreso al paraíso. Y ya que Él Mismo, nacido de la Virgen, fue la Palabra que en la pureza absoluta reflejó el pensamiento de Dios-Padre, refiriéndose a esa Palabra Él dijo directamente:

“(…) *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí.*” (Jn 14: 6)

Él, Jesús-la Palabra, es aquel que monta el caballo blanco del Apocalipsis de Juan:

“*Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo monta se llama «Fiel» y «Veraz»; y juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo él conoce; viste un manto empapado en sangre y su nombre es: La Palabra de Dios.*” (Ap 19: 11-13), - es decir, es el verdadero Hijo de Dios.

Es por eso que el apóstol Pablo dice:

“(…) *no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que los hijos de la promesa se cuentan como descendencia.*” (Rom 9: 8)

La promesa es el pensamiento de Dios expresado a través de la Palabra. Y por eso bajo los “hijos de la promesa” se entienden los hijos nacidos precisamente de la Palabra de Dios y no del semen físico, lo que confirma también el apóstol Pedro diciendo respecto a los hijos de Dios, como de los “*reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente.*” (1 Pedro 1: 23)

Así, el matrimonio de Dios con el hombre se realizó a través del Espíritu Santo que es la semilla espiritual contraria a la semilla física, mientras que “la carne y la sangre”, nacidas de la semilla física se nacen por el deseo del varón y por eso, según el apóstol Pablo, “no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Cor 15: 50) Entonces no es el hijo de Dios quien nace de la semilla del hombre, sino el que nace de la Palabra de Dios. Como dice el apóstol Juan, “*a todos los que recibieron*” la Palabra Dios les “*dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.*” (Jn 1: 12-13) Es por la misma razón que Jesucristo dice:

“*Ni llaméis a nadie "Padre" vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo.*” (Mt 23: 9)

Dios Mismo por la boca del profeta Ezequiel explica la esencia de tal nacimiento, cuando dice de la infusión del espíritu en el hombre, como si fuera la infusión de la semilla en el seno de la mujer:

“*Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas.*” (Ez 36: 27)

Infundir el espíritu en el hombre significa morar en él, hacer de él su reflexión. De lo mismo habla también el siguiente fragmento del Apocalipsis de Juan:

“(…) *y el que está sentado en el trono morará entre ellos.*” (Sagradas Escrituras 1569. Ap 7: 15)

Entonces, como vemos, Dios infundió en la Virgen María su Espíritu Santo – “*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*” –, en cuya consecuencia ella entró en la alianza matrimonial con Dios a Quién Eva ignoró.

Llamando *impoluto* tal matrimonio (a diferencia del matrimonio terrenal *profanado*) el Evangelio apócrifo de Felipe así lo caracteriza:

“(…) el matrimonio impoluto un verdadero misterio(…) Este no es carnal, sino puro; no pertenece a la pasión, sino a la voluntad; no pertenece a las tinieblas o a la noche, sino al día y a la luz. (…)” (Ev. de Felipe 122. *Los Evangelios Apócrifos*, por Aurelio De Santos Otero, BAC)

El fruto de este matrimonio fue Jesucristo, la encarnación perfecta y absoluta del pensamiento Divino en la Palabra. Así se cumplió la predicción del profeta Isaías que antaño había dicho:

“Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel.” (Is 7: 14)

Emmanuel significa “Dios está con nosotros”. Notemos que son, de hecho, las mismas palabras con las que el arcángel Gabriel saludó a María, cuando le dijo: “El Señor está contigo”.

El significado cardinal de la virginidad en la Creación se intuye también en lo que dijo Jesús de los eunucos vírgenes:

“(…) “No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda.” (Mt 19: 11-12)

Ciertamente, es difícil entenderlo desde el punto de vista del hombre carnal, porque se resulta que el Reino de los Cielos, es decir, de Dios, o el paraíso, pertenece a los eunucos, o a los vírgenes. Pero el Señor confirma ese pensamiento en otro lugar, cuando dice respondiendo a la réplica de sus Alumnos respecto al matrimonio en el Reino de Dios:

“(…) Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Pues en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo.” (Mt 22: 29-30)

Eso significa que los habitantes del Reino de Dios permanecen en la pureza virginal que representa la imagen del mismo Reino, o del “siglo” venidero, lo que se confirma también en el Apocalipsis de Juan, en que leemos:

“Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes. Estos siguen al Cordero a dondequiera que vaya, y han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero, y en su boca no se encontró mentira: no tienen tacha.” (Ap 14: 4-5)

Pero ¿Quiénes son exactamente los vírgenes, según la Sagrada Escritura? El apóstol Pablo dice que son aquellos que *“(…) han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias.”* (Gal 5: 24) Y teniendo en cuenta el significado místico de la virginidad, él la aconseja a todos ellos quienes se consideran cristianos, diciendo:

“No obstante, digo a los célibes y a las viudas: Bien les está quedarse como yo. Pero si no pueden contenerse, que se casen; mejor es casarse que abrasarse.” (1 Cor 7: 8-9)

De ahí es evidente que el celibato es preferible al matrimonio terrenal que sólo se permite para ahuyentar al hombre de la lujuria.

Pero esa idea, tan escandalosa para no cristianos (y hasta para los cristianos que olvidaron su origen), igual que el nacimiento del Hijo por la Virgen, como ya hemos visto, no es un invento del Nuevo Testamento. El significado cardinal de la virginidad se revela en muchos libros del Antiguo Testamento y antes de todo en el libro del profeta Isaías. Así, además del testimonio ya presentado sobre el hijo nacido de la virgen, le pertenece también la siguiente glorificación de la virginidad:

“Grita de júbilo, estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, la que no ha tenido los dolores; que más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada, dice Yahveh.” (Is 54: 1)

Y asimismo:

“(…) No diga el eunuco: «Soy un árbol seco.» Pues así dice Yahveh: Respecto a los eunucos que guardan mis sábados y eligen aquello que me agrada y se mantienen firmes en mi alianza, yo he de darles en mi Casa y en mis muros monumento y nombre mejor que hijos e hijas; nombre eterno les daré que no será borrado.” (Is 56: 3-5)

Se resulta que en la Casa del Señor y en sus muros eunuco que cumple los preceptos de Dios, será el más preferible de todos. Y lo dice no sólo el profeta Isaías, sino también el Salomón en las Sabidurías, en las cuales leemos:

“Dichosa la estéril sin mancilla, la que no conoce lecho de pecado; tendrá su fruto en la visita de las almas. Dichoso también el eunuco que con sus manos no obra iniquidad ni fomenta pensamientos perversos contra el Señor; por su fidelidad se le dará una escogida recompensa, una herencia muy agradable en el Santuario del Señor.” (Sb 3: 13-14)

Notemos que aquí el “lecho de pecado”, según el contexto, no se refiere al adulterio o a la inmundicia, sino al matrimonio permitido por la Ley que, como ya he dicho, fue dada a los pecadores para que consigan dominar sobre sus lujurias. Al fin de cuentas todo lo dicho nos muestra una vez más, que a los ojos de Dios hasta el matrimonio permitido profana al hombre.⁸ Lo mismo atestigua la afirmación que a los eunucos inmaculados espera “monumento y nombre mejor y eterno que a otros hijos.

La preferencia clara de la virginidad se siente también en el siguiente precepto que encontramos en el libro de los Jueces del Antiguo Testamento y que se trata de la masacre del pueblo que pecó ante Dios:

“Esto es lo que habéis de hacer: Consagraréis al anatema a todo varón y a toda mujer que haya conocido varón, pero dejaréis con vida a las doncellas.» Así lo hicieron.”(Jueces 21: 11)

Ese fragmento, sin duda, alegórico, tiene también carácter escatológico, porque en esencia habla del tiempo, cuando lo puro habrá sido separado de lo impuro; la verdad de la mentira, el bien del mal. Como dijo Jesús, “Así sucederá al fin del mundo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos” (Mt 13: 49)

Entonces, el signo del mundo venidero será la virginidad, o la pureza del hombre en todos los aspectos de su vida. El hombre en aquel instante adquirirá, por fin, la imagen y semejanza de Dios y no necesitará un matrimonio semejante al terrenal, pues ser la imagen y semejanza de Dios significa ser dioses, “(…) cuya morada”, como afirma el profeta Daniel, “no es con la carne.” (RVG. Dan 2: 11), es decir, mientras el hombre está en la carne, no podrá ser imagen y semejanza de Dios, porque los dioses no viven en la carne y sangre.

Pero, si el Señor quiere que el hombre sea virgen, entonces ¿cómo entender el siguiente precepto dado al hombre antes de su caída?:

“(…) Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra (…)” Gen 1: 28)

8. En este sentido es muy interesante el acierto de N.A. Berdiaev, el gran filósofo ruso, que en su “Autobiografía espiritual” habla de su aprehensión de las relaciones sexuales y del matrimonio terrenal. En el capítulo dedicado al eros él dice respecto al sexo, que este atestigua el estado caído del hombre y que en el sexo se presiente algo vergonzoso y humillante para la dignidad humana. Por eso, según él, tampoco la atracción sexual consolida la personalidad del hombre, sino lo aplasta. En cuanto al matrimonio terrenal, lo considera como un misterio muy dudable, porque, **en realidad, la cristiandad no conoce su misterio del matrimonio y sólo confirma los conceptos que tienen del mismo el paganismo y el judaísmo.** Según él, en este misterio natural se socializa el amor verdadero que por su naturaleza es imperceptible para la sociedad. Sin embargo el misterio se refiere justamente al amor verdadero, el que no admite ninguna expresión social, ninguna racionalización. Ahí está lo trágico del amor en la vida de las sociedades humanas que rechazan el amor, porque el que ama en el sentido elevado de esa palabra, se considera como enemigo de la sociedad.

Esas palabras representan la piedra de tropiezo más antigua para el hombre carnal que las entiende según la carne. Pero a la luz de lo dicho se hace claro que, como ya lo he mostrado también en otras mis observaciones, ese precepto se relaciona directamente con el matrimonio entre Dios y el hombre. Lo muestran también otros fragmentos de la Biblia, relacionados con dicho matrimonio. Así, del mismo se trata tanto el siguiente fragmento ya citado del Libro de Isaías como su continuación:

*“Grita de júbilo, estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, la que no ha tenido los dolores; que más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada, dice Yahveh. **Ensancha el espacio de tu tienda las cortinas extiende, no te detengas; alarga tus sogas, tus clavijas asegura; porque a derecha e izquierda te expandirás, tu prole heredará naciones y ciudades desoladas poblarán.**”* (Is 54: 1-3)

El hecho que la estéril tenga más hijos que casada, ya por sí mismo habla de un matrimonio distinto del de la tierra. Y qué tipo de matrimonio es, podemos juzgar comparando la tercera y la cuarta estrofas marcadas por el negro de lo citado arriba con la siguiente profecía de Noé:

*“**Ensanche Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán su siervo.**”* (Sagradas Escrituras 1569. Gen 9: 27)

En ambas se habla de la extensión del Espíritu Santo con el fin de ocupar las tiendas de Sem, liberadas de Canaán, es decir, con el fin de ocupar las almas de los hijos de Dios purificadas de lujuria, o en otros términos, se habla del matrimonio de Dios con el hombre descrito arriba.

Como he mostrado en la mayoría de mis observaciones, en la profecía de Noé bajo Can se entiende el espíritu impuro que cautivó a Sem, en tanto que Jafet personifica al Espíritu Santo que debe instalarse en las tiendas de Sem, es decir, en el alma del hombre y extenderse en ella del modo que no se quede ningún espacio para el espíritu impuro. Ya que sólo así se revela Dios hombre, a quién bendice Noé, cuando pronuncia:

“(…) ¡Bendito sea Yahveh, el Dios de Sem, y sea Canaán esclavo suyo!” (Gen 9: 26).

Significa: bendito sea el hombre que venció a sus concupiscencias y adquirió la imagen y semejanza de Dios - lo mismo que la Gloria de Dios. Como dice el profeta Daniel,

*“Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres, loado, exaltado eternamente. **Bendito el santo nombre de tu gloria, loado, exaltado eternamente. Bendito seas en el templo de tu santa gloria, cantado, enaltecido eternamente.**”* (Dan 3: 52-53)

Y el nombre de esa Gloria es Sem, liberado de Can/Canaán.

Lo dicho muestra que el precepto *“Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra”* se refiere al matrimonio espiritual entre Dios y el hombre, a la multiplicación de los frutos de este matrimonio, es decir, al nacimiento de Dios Hombre a través de la extensión del Espíritu Santo de Dios en el hombre virginal, intacto, sin ninguna alteración de parte de las creaturas. Aquí está el sentido del nacimiento de Dios por la Virgen. El mismo sentido yace en la base de los monacatos, de la cuaresma y de otros ayunos eclesiásticos.

Entonces, si Eva, al llenarse del espíritu impuro condicionó la entrada de la muerte y de los tiempos de la prueba en la Creación, María, al contrario, al llenarse del Espíritu Santo de Dios manifestó su regreso a la eternidad, pues su Hijo, Jesucristo al resucitar después de la muerte se hizo “primicia de los que durmieron” (1 Cor 15: 20), “el primero en todo” (Col 1: 18) que no tendrá fin.

Comparándolo con el Adán prístino el apóstol Pablo dice:

“Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego los de Cristo en su Venida.” (1 Cor 15: 22-23)

Así dice, porque Jesucristo, Dios Hombre, es Adán perfecto, la imagen de Dios, recuperada por su Palabra. Diciendo de otra manera, Él es la Palabra que en la absoluta pureza perfectamente reflejó el pensamiento de Dios. Y esa pureza, responsable por la revelación de Dios Hombre, se personifica en *la virginidad* de María, su madre que desafió a toda lujuria. Al parir al hijo del Espíritu Santo ella, así, recuperó a Adán como la *“figura del que había de venir”* (Rom 5: 14). De este modo se cumplió una profecía más de las de Isaías, que declara:

“(...) el Dios Santo muestra su santidad por su justicia.” (Is 5: 16)

Y así fue, ya que la Palabra de Dios en la persona de Jesucristo, Salvador y el Primero entre los habitantes del “siglo” venidero, nació en la santidad de la verdad opuesta a la mentira. El apóstol Pablo en esta relación dice:

“Así pues, como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo procura toda la justificación que da la vida. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos.” (Rom 5: 18-19)

Jesús murió siendo célibe y virgen, pues le esperaba otro tipo de matrimonio. Eva, su novia, tenía que prepararse para su matrimonio nuevo, es decir, tenía que santificarse, o despojarse de su vestido de la muerte y ponerse el vestido de la Vida, como lo hizo Él Mismo, es decir, tenía que *“vestirse de lino deslumbrante de blancura - el lino son las buenas acciones de los santos».* (Ap 19: 8)

Y cuando eso suceda, entonces se cumplirá también la profecía de Oseas referida a Adán en la persona de Eva-María y a toda la humanidad:

“Y sucederá aquel día - oráculo de Yahveh - que ella me llamará: «Marido mío», y no me llamará más: «Baal mío.» (...) Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahveh.” (Os 2: 18, 21-22)

Un apócrifo interesante del Antiguo Testamento nominado “Libro de jubileos” así explica el sentido de la preparación de Adán en la persona de Eva-María:

“(...) Cortaré el prepucio de sus corazones y los de su descendencia, y les crearé un espíritu santo, purificándolos para que no se aparten de mí desde ese día por siempre. Su alma me seguirá a mí y todos mis mandamientos, que serán restaurados entre ellos: yo seré su padre, y ellos, mis hijos. Serán llamados todos hijos de Dios vivo, y sabrán todos los ángeles y espíritus que ellos son mis hijos, y yo, su padre recto y justo y que los amó. (...)” (Libro de los Jubileos 1: 23-25)

Cortar el prepucio de sus corazones y los de su descendencia significa purificarlos de la lujuria, tanto su alma como su espíritu, y prepararlos para que se revele en el hombre la imagen y semejanza de Dios que es Espíritu.

De todo el círculo de la Creación el apóstol Pablo dice así:

“En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida.” (1 Cor 15: 45)

Este nuevo mundo, o mundo de María, será mundo de los que nacen del Espíritu de Dios y por eso aquí, en la tierra, son perseguidos por los que nacieron, según la carne. Durante todos los tiempos el hombre se preparaba justamente para la manifestación del mundo de María, del mismo se habla en todos los libros de la Sagrada Escritura, donde el mundo de Eva y el mundo de la Virgen María se personifican también por los hijos de Abrahán, a saber: por Ismael, hijo nacido según la carne de la esclava Agar, e Isaac, hijo de la libre Sarah nacido según la promesa. Estos dos mundos no pueden convivir juntos en el Reino de Dios, porque lo mortal no puede convivir con lo inmortal. Precisamente por eso Sarah, la mujer de Abrahán, dice de Ismael, el hijo de su esclava:

“(…) *Despide a esa criada y a su hijo, pues no va a heredar el hijo de esa criada juntamente con mi hijo, con Isaac.*” (Gal 4: 22-30; Gen 21: 10)

Esas palabras de Sarah significan que el heredero, el hijo de Sarah, nacido por la promesa, es decir, por la Palabra de Dios, no puede reinar, mientras está reinando el nacido por la carne, es decir, el esclavo de la carne. Este debe ser despedido, para que se entronice el heredero.

La esterilidad duradera de Sarah y asimismo de Raquel, es condicionada por el largo camino de Eva a través de todos los tiempos – Eva exhibida por las personas de Agar y Lía que representan el mundo carnal, mientras que Sarah y Raquel son los símbolos del mundo espiritual venidero, porque, como dice el apóstol Pablo,

“(…) *no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo natural; luego, lo espiritual.*” (1 Cor 15: 46)

En este sentido es memorable la alusión del llanto de Raquel en el Evangelio, según Mateo, pues Raquel esperaba largo tiempo hasta que el Señor le diera un hijo. Raquel es la imagen antiguotestamentaria de la virginidad que llora su abandono y la ausencia de frutos. Mateo en su Evangelio recuerda a Raquel por su relación mística con la Virgen María. Citando al profeta Jeremías, él dice:

“*Así dice Yahveh: En Ramá se escuchan ayes, lloro amarguísimo. Raquel que llora por sus hijos, que rehúsa consolarse - por sus hijos - porque no existen.*”

Consolándola el Señor continúa: “*Reprime tu voz del lloro y tus ojos del llanto, porque hay paga para tu trabajo - oráculo de Yahveh -: volverán de tierra hostil y hay esperanza para tu futuro - oráculo de Yahveh -: volverán los hijos a su territorio.*” (Jer 31: 15-17; Mt 2: 18)

La paga mencionada es el nacimiento de José, que es el arquetipo del nacimiento a través de la Virgen María de Jesucristo, Dios Hombre, en el que Adán se recupera y regresa de la tierra de maldición a la de bendición, es decir, a la Casa de su Padre Celestial. Es la profecía sobre la transformación venidera del mundo y sobre el regreso de los hijos de Dios desde la muerte a la Vida, lo que se realizará sólo después de que se termine el reino de la serpiente, o el reino de los tiempos. Y este se terminará, cuando, según la profecía escatológica del profeta Esdras, se hayan completados los crímenes de la soberbia humana.

De lo que los tiempos deben terminarse se dice en todos los libros de la Sagrada Escritura. Más allá de los tiempos se encuentra el día séptimo de la creación, que es el Día de Dios que no tiene fin.

“*Y miró el Altísimo los tiempos soberbios,*” dice el profeta Esdras, “*y se terminaron, y se completaron sus crímenes*” (4 Esdras 11: 44)

Pero debo notar aquí, que, sorprendentemente, los hombres asimilan el fin de los tiempos como una catástrofe y lo hacen incluso aquellos que se creen cristianos. Mientras tanto su fin será catástrofe sólo para los que insisten en sus pecados y no quieren renunciar la palabra de la serpiente, quizás, porque no se dan cuenta, a quién adoran. Pero para las almas puras, amantes de la Palabra de Dios el fin de los tiempos será el comienzo de la Vida sin fin, porque significará que se terminó el proceso de la creación, que se cumplió el propósito de Dios y el hombre adquirió la imagen y semejanza de Dios. En otros términos, se revelará la Gloria de Dios, oculta hasta entonces.

De lo que no habrá más tiempo, se dice directamente en el Apocalipsis de Juan:

“(…) *el tiempo no será más. Pero en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comenzare á tocar la trompeta, el misterio de Dios será consumado, como él lo anunció á sus siervos los profetas.*” (RV 1909 Ap 10: 6-7)

Y el profeta Esdras preparando al hombre al fin de los tiempos, le dice:

“Dispón, pues, tu casa, y advierte a tu pueblo, y consuela a los humildes de entre ellos, y deja la corrupción. Arroja de ti los pensamientos mortales y desecha los pareceres humanos, y despójate de tu naturaleza; deja de lado los pensamientos molestos, y apresúrate a pasar de estos tiempos”(4 Esdras 14: 13-14)

Nosotros ya sabemos que pasar de estos tiempos significa salir de la ilusión de la vida y entrar en la Vida esencial y real, la que no tendrá fin, pues en ella ya no habrá lugar a nada putrescible - ni a la carne, ni a la sangre, sino reinará sólo la Palabra de Dios que es la fuente de la Vida eterna. Este día eterno prefiguró todavía el profeta Isaías quién dijo, de hecho, del mundo de la carne mortal y del mundo de la Palabra de Dios:

“Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahveh (pues, cierto, hierba es el pueblo). La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.” (Is 40: 6-8)

Y lo mismo repitió el apóstol Pedro, diciendo:

“(…) toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba; se seca la hierba y cae la flor; pero la Palabra del Señor permanece eternamente. Y esta es la Palabra: la Buena Nueva anunciada a vosotros.” (1 Pedro 1: 24-25)

Muchos profetas describieron el mundo eterno. El profeta Esdras, por ejemplo, así lo hizo:

“(…) para vosotros está abierto el Paraíso, fue plantado el árbol de la vida, fueron preparados los tiempos venideros,⁹ fue preparada la abundancia, edificada la ciudad, aprobado el descanso, completa la bondad y la sabiduría. La raíz del mal fue señalada por vosotros; escondida fue la enfermedad y el gusano, y la corrupción baja al infierno en el olvido. Pasaron los dolores, y se mostró al fin el tesoro de la inmortalidad.” (4 Esdras 8: 52-54)

Esa ciudad mencionada, según el Apocalipsis de Juan,

“no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero.” (Ap 21: 23)

“Sus puertas no se cerrarán con el día - porque allí no habrá noche - (...) Nada profano entrará en ella, ni los que cometen abominación y mentira, sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero.” (Ap 21: 25, 27)

“Y no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente.” (Ap 22: 3-4)

Y los hijos de Dios *“ya no tendrán hambre ni sed; ya nos les molestará el sol ni bochorno alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos.”* (Ap 7: 16-17)

Esta será *“la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él Dios - con - ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.”* (Ap 21: 3-4)

Así será el mundo de María - Eva transformada -, el séptimo día de la Creación que no tendrá fin y que en el Antiguo Testamento se llama “Sábado” y en el Nuevo, “Domingo”. Amen.

9.En la traducción del Apocalipsis de Esdras (IV Esdras) del etíope al francés por René Basset, y puesto al español por Juli Peradejordi. (Barcelona: Editorial 7 ½, 1980). <http://es.scribd.com/doc/65293981/IV-Esdras> en lugar de “preparados los tiempos venideros” se dice “preparado el mundo futuro”